

# **1<sup>ras</sup> Jornadas de Economía Crítica**

## **5 y 6 de Octubre del 2007**

**Escuelas de Economía Política**  
**Universidad Nacional de La Plata / Universidad de Buenos Aires**

### **Ficciones económicas sobre la realidad**

Francisco J. Cantamutto<sup>1</sup>

#### **Una reflexión situada**

Luego de la década infame de la Convertibilidad, tras una larga agonía productiva de casi 4 años, la megadevaluación de 2002 sirvió como incentivo a la reactivación económica. Mirando en retrospectiva estos 5 años de crecimiento de la producción (inéditos para la historia argentina), numerosos debates han surgido en torno a su explicación y sus limitantes. Actualmente, nos encontramos en una coyuntura de particular importancia en esta discusión, y haciendo reverberar lo que ocurre en la estructura productiva, no es posible evitar nuevas preguntas desde una mirada crítica a los fundamentos teóricos del fenómeno: ¿hasta qué punto las tesis hegemónicas son capaces de dar cuenta de esta historia? ¿son capaces de formular una interpretación de los pasos a seguir? ¿descubren los focos de conflicto centrales?

En este sentido, resulta paradigmático este encuentro de Economía Crítica en este momento específico del tiempo histórico. Nos encontramos ante un momento ideal para la revisión de los fundamentos de la disciplina, y las jornadas desde el nombre introducen un argumento no menor: la economía política (y no la política económica).

Sin embargo, debe remarcarse que el malestar respecto de los alcances actuales del campo científico de la disciplina económica excede con mucho la actual coyuntura argentina. Por un lado, el último episodio militar en la historia reciente del país vulneró con especial énfasis, y por diferentes vías, a la reflexión científica sobre la economía: tanto mediante la persecución y/o desaparición de referentes, como el cierre de carreras o institutos de investigación, la eliminación de tópicos de investigación, además de la amplia censura bibliográfica. Estos factores han sido muy lenta y parcialmente revertidos desde la reimplantación de la democracia institucional, mediante las reaperturas condicionadas o reformuladas, etc.

Por otra parte, el calor del triunfo de la avanzada neoliberal ha irritado a nivel mundial. En esta tónica se pueden entender las múltiples reacciones surgidas contra el modo de aprender economía, en Europa occidental, como en otras áreas más dispersas en el globo. Éstas han incluso adoptado cierto grado de institucionalidad, como por ejemplo a través del colectivo Post Autistic Economics, que reúne a un importante número de estas expresiones, y cuenta con publicaciones propias<sup>2</sup>. También es posible incluir como respuestas al malestar en torno al modo de entender la economía a algunos de los llamados "nuevos movimientos sociales" o movimientos anti-globalización, que además de su faceta militante, suelen abordar alguna forma más o menos consistente de revisión de los fundamentos teóricos de su accionar<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Departamento de Economía, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Te.: 0291-4595138. E-mail: [franciscocantamutto@yahoo.com.ar](mailto:franciscocantamutto@yahoo.com.ar). El autor agradece las observaciones que le formularan oportunamente Leandro Brufman, Francisco López Corral, Mariana Fernández Massi, Marina Marchevsky y Rodrigo Pérez Artica. Toda opinión vertida en este trabajo -por omisión o aseveración- es exclusiva responsabilidad del autor.

<sup>2</sup> Se puede consultar en el sitio [www.paecon.net](http://www.paecon.net)

<sup>3</sup> La canadiense Naomi Klein ha sido una de las abanderadas en este sentido, principalmente por su libro **No Logo**.

## Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de neoliberal?

Un conflicto que atraviesa toda reflexión mínimamente crítica es la constitución de un polo frente al cual posicionarse. El demonio por excelencia ha sido (y es) el neoliberalismo –o equivalentes epítetos: el pensamiento único, la pretensión del fin de la historia, etc. No obstante, resulta críptico en el común de los casos reestablecer qué es lo que se está nombrando por tal cosa.

La importancia de esta dificultad no reside en un capricho semántico, sino en la constante observación de que – a pesar de denostar aquella corriente- se hace un profundo y amplio uso de su herramental analítico, aplicando con ello los supuestos que tal teoría. Estos supuestos, más allá de su importancia en la discusión epistemológica, derivan casi invariablemente en recetas de política económica, por lo que su puesta en debate no es mero academicismo.

En este sentido, este tipo de invectivas no logra superar la etapa de conciencia *semi-transitiva* (al decir de Freire), no alcanzando un grado de sistematicidad que le permita la superación crítica. Se percibe una especie de fatalismo respecto del orden normal de la "ciencia", por el cual no es posible escapar al destino impuesto desde una instancia más allá del alcance del "científico". Freire (2002, pg. 64) refiere cómo este fatalismo frustra la acción, llevando muchas veces al ejercicio de la violencia horizontal, al agredir de diversos modos a los propios compañeros por los motivos más nimios.

Esta forma básica pero limitada de crítica es la que predomina dentro de la disciplina. No es extraño encontrar diversas imprecaciones al 'neoliberalismo' al comienzo de producciones escritas (artículos, libros, notas, etc.), seguidas de un recorte entre arbitrario y complaciente de la realidad, estudiado desde proposiciones claramente atribuibles a la citada perspectiva.

Las instituciones educativas juegan un rol significativo en la constitución de esta perspectiva, y su persistencia en el tiempo. Como aproximación cuasi-trivial, los economistas que publican suelen haber estudiado en algún sitio para ser considerados tales. Más allá, asoma la descripción de Althusser en torno a los aparatos ideológicos del Estado. Lo cierto es que resulta inviable sostener la neutralidad del conocimiento y el modo en que se organiza su transmisión, puesto que determina las condiciones de generación de nuevos saberes.

Esto contradice de plano la "autoevidencia" de las tesis de neoschumpeterianas e institucionalistas –tan en boga- en torno a la acumulación de conocimiento como fuente *plus non ultra* de crecimiento económico. ¿Cómo es la correspondencia conocimiento – crecimiento? Para clarificar esta relación causal, no son útiles distinciones *ad hoc* como conocimiento "técnico" y "no técnico": ¿sobre la base de qué se aplica esta división? ¿el objeto de estudio, la metodología de investigación y reproducción, o qué? Si nos ceñimos al grado de aplicabilidad (cosa difícil de determinar), para pensar la tecnología como el conocimiento práctico, distinguible de la ciencia abstraída del proceso productivo de bienes –teórica-, tampoco creo que el conocimiento "técnico" sea algo neutral, cuya acumulación automáticamente derive en crecimiento sin mayores problemas<sup>4</sup>. Los propios autores que utilizan estos argumentos reconocen que es muy discutible hablar de 'acumulación de conocimiento'<sup>5</sup>.

Sobre la cuestión de si el "saber" de las ciencias sociales tiene efectos o no sobre el crecimiento, es particularmente confuso determinar qué es "saber" economía, historia, etc. ¿Es tener un conocimiento más sistemático, más científico? Toda ciencia es una interpretación del mundo en una clave determinada, completamente contaminada de valores respecto de cómo creemos que se desarrollan los fenómenos que nos rodean. No queda claro si existe una relación directa con el crecimiento, porque *no es una acumulación lineal de ideas*. Por lo tanto, habría que definir alguna caracterización (completamente arbitraria, por cierto) para poder agrupar y correlacionar conocimientos provenientes de las ciencias sociales con el crecimiento<sup>6</sup>.

En cualquier caso, es relevante discutir las características teóricas de la corriente neoliberal<sup>7</sup>, y cómo opera su reproducción en la comunidad científica, particularmente en el sistema educativo.

---

<sup>4</sup> Me remito a la película "Tiempos Modernos" de Charles Chaplin para discutir si, por ejemplo, el sistema fordista –en principio, un modo de organización exclusivamente técnico: la producción en serie- es neutral respecto de la dinámica social. Existe una amplia bibliografía, sobre todo proveniente de la sociología, la psicología social y la filosofía, que discute el tema... e invariablemente llegan a que el conocimiento "técnico" no es neutral (a nada).

<sup>5</sup> Ver Aghion y Howitt, 1998, o Romer, 2002.

<sup>6</sup> Como nota de color, ¿cómo se explicaría la aplicación del concepto de código -proveniente de la lingüística- en la biología, que sirvió para desarrollar la investigación sobre el genoma humano ("código genético"), donde claramente tiene alguna relación con las capacidades productivas de los laboratorios? Es decir, ¿dónde está la neutralidad de cada "saber"; el código era no neutral en la lingüística y se volvió neutral en la genética, y de allí se puede acumular y favorecer el crecimiento? Un ejemplo más arquetípico sería la idea de evolución de Darwin, que fue tomada del análisis de Malthus de la sociedad inglesa...

<sup>7</sup> La apropiación sesgada de preceptos liberales es más clara, en cuanto al análisis que esta corriente hace, que la filiación de autores clásicos. Por eso utilizamos neoliberales y no neoclásicos. Por ejemplo, los clásicos usaban la historia para hacer teoría. Y, ¿acaso Marx no es un clásico en economía? En todo caso, el límite de esta elección debería clarificarse a lo largo del presente trabajo.

## Ese gran proyecto moderno: Progreso y Racionalidad

No es novedoso plantear que el período conocido como 'Modernidad' tiene por hitos constitutivos las revoluciones francesa e industrial en lo fáctico, y el iluminismo como canon de ideas. De ello (y otras múltiples fuentes que no son materia de estudio aquí), aparece como formulación exagerada el positivismo lógico, con su ideario de Progreso indefinido como destino humano. Progreso entendido como el despliegue de realización del Hombre, tanto en lo material como en lo 'espiritual'. Si lo primero se puede entender como la mejora constante de las condiciones de vida, lo segundo puede verse como el desarrollo –en amplitud y profundidad- de la Razón (o su persistente búsqueda por parte de la humanidad). Esta simplificada caracterización del proyecto de la modernidad es fundamental para comprender aspectos legados a la disciplina económica.

### *¿Para qué queremos el crecimiento?*

El progreso material como la condición *sine qua non* del avance de la civilización se asemeja llamativamente a los actuales conceptos de crecimiento económico como base para el desarrollo económico. Vale recordar que al decir "avance de la civilización" se entiende la organización de la vida en sociedad a partir de los principios eurocéntricos propios de la época moderna, y que encontraron una aplicación práctica en Argentina a través de –por usar un ejemplo claro- las campañas militares de Gral. Roca (genocidio conocido eufemísticamente como "Conquista al Desierto"). La distribución de tierras que se hizo, como devolución de favores a los jerarcas militares que participaron de la bravata, sentaron las bases para la propiedad del recurso en una amplia región del país, e incluso para la urbanización de la misma (lo que explica los nombres de un numeroso conjunto de poblados). La generación del '80 explicitó este proyecto de un modo más acabado aún.

Así, el concepto de desarrollo económico hoy utilizado pretende una cierta asepsia (probablemente Amartya Sen sea el responsable de la formulación más acabada en este sentido), pero no puede ocultar, en los múltiples estudios empíricos, qué clase de supuestos acarrea<sup>8</sup>. Se suele utilizar, por ejemplo, una definición de democracia meramente procedimental: la continuidad de ciertas instituciones que vagamente caracterizan como democráticas. Se observan, en este sentido, que no se derroque un presidente, o que se logre superar su caída sin que se altere la línea sucesoria<sup>9</sup>. Se suele tomar también la vigencia de la Constitución, como si ésta no fuera producto de una etapa histórica determinada, y no estuviera plagada de contradicciones y visiones ideológicas (el catolicismo por religión oficial, para ser evidentes). Lo mismo se puede decir de las consideraciones sobre el derecho de propiedad.

En general, estas visiones son víctimas de un conductismo pleno. Suponen que porque la norma existe, el comportamiento se da. La democracia como mecanismo institucional viene en realidad a sostener la ficción de representatividad, cuando en realidad está representando solamente a una fracción de la sociedad, tanto en lo económico como en lo político<sup>10</sup>. ¿Qué dice entonces la continuidad de ciertas prerrogativas supuestamente democráticas respecto del contenido real de los procesos? No mucho.

Ciertamente, se trata de aproximaciones ideológicamente sesgadas, sin perjuicio de que sus autores pretendan la aparente neutralidad de la medición econométrica. De acuerdo con los estudios relacionados a este respecto, los organismos multinacionales suelen realizar "recomendaciones" de política, y justificar así ingentes préstamos a los países miembros. Las discusiones se suelen "saldar" demostrando la correlación entre el crecimiento y otros aspectos<sup>11</sup>.

En ningún caso se discute, por supuesto, el progreso material o el crecimiento: aparece como una condición necesaria, no como una opción. Si por el primero se justificó, por ejemplo, el colonialismo del siglo XIX y la subrogación de todo derecho de comunidades originarias "por su propio bienestar", el segundo funda el punto de partida de cualquier análisis económico actual, sobre la base del cual se dirimen las ventajas de cada enfoque. No se atisba siquiera la posibilidad de limitar el aumento de la producción (y por ello, el consumo): más allá de la discusión de su pertinencia, la desaparición del contexto de enunciación da cuenta de un estado determinado de la ciencia económica como dispositivo de disciplina (ver Foucault, 2005).

Una de las razones más fuertes detrás de ello es que el sistema económico capitalista se encuentra motorizado por la búsqueda de la máxima ganancia, que para sostenerse requiere de una constante ampliación de los mercados.

<sup>8</sup> Al respecto, una amplia compilación de estudios y revisiones bibliográficas pueden encontrarse en Ray (1998) y en Clague (1997). Las corrientes institucionalistas suelen apresurarse en estos análisis.

<sup>9</sup> ¿La presidencia de Duhalde, que permitió la continuidad institucional, significa que se sostuvo la democracia?

<sup>10</sup> La recuperación democrática argentina es un claro ejemplo de esto, ver Campione, 2002.

<sup>11</sup> No puedo dejar de mencionar, en este sentido, el lugar común de la disciplina cuando postula que primero se crece, luego vienen las libertades democráticas. Parecido al "luego se distribuye".

Y aunque esto aparece en letra de Marx (continuando de modo consistente lo avizorado por Ricardo), la teoría hegemónica actual también acepta el crecimiento como la "ampliación a escala de la economía" (Aghion y Howitt, 1998, pg. 65).

Es necesario, además, recalcar el carácter moral del problema. ¿Desde qué perspectiva el crecimiento es algo indefectiblemente "positivo" o "bueno", por ejemplo para una comunidad que valora la conservación de los recursos naturales que la rodean? Esto no es una rareza teórica, puesto que una enormidad de comunidades establecen una relación de equilibrio con la Naturaleza –sostenida religiosa, ideológica y éticamente–, para las que el crecimiento significa una aberración, o al menos un problema. Tampoco la observación empírica de crecimiento agregado durante el capitalismo avanzado tiene por qué dar lugar a una naturalización del fenómeno.

No se trata nada más de suavizar el crecimiento o hacerlo sustentable (que a nadie queda en claro qué es), sino de establecer que el crecimiento como norma valorativa no es una entidad ahistórica, en la que toda la humanidad coincide. No es un valor en sí, sino una construcción ideológica determinada. Después podemos compartir, o no, la necesidad de que haya cierta pauta de crecimiento. El planteo es que esto no aparece así, sino ceñido a la argumentación como una necesidad. ¿Por qué sería una necesidad crecer, aumentar los recursos? Pero, la acumulación, ¿es un valor en sí? ¿Es necesariamente "positivo" acumular? ¿por qué? ¿da lo mismo cualquier acumulación, cualquier crecimiento?

No puede ocultarse, en este sentido, el carácter eminentemente conflictivo del proceso de crecimiento, el hecho de que la forma particular de medirlo, por ser un agregado del crecimiento de la totalidad de los sectores, en realidad deviene un artefacto intelectual que desconoce la evolución de los distintos sectores capitalistas y de las tensiones que se generan con otros grupos sociales. De este reconocimiento podríamos discutir un esquema valorativo diferente.

### ***La razón es la astucia de... ¿quién?***

Referimos anteriormente un segundo aspecto del progreso, ligado al despliegue de la Razón absoluta. En la búsqueda por eliminar fines (justificativos) metafísicos, la Razón iluminista se transforma en un justificativo en sí misma: pasa a ser el fin último, y su desarrollo, el camino. La Razón como fin y la razón como senda. Así, la razón empieza a limitarse a pensar en los medios más adecuados para la consecución de fines predeterminados (excluidos de la discusión de los medios), que son a su vez medios para otros fines, y así *ad infinitum*. La razón se torna entonces en "la capacidad de calcular probabilidades y adecuar así los medios correctos a un fin dado" (Horkheimer, 1973, pg. 17).

Es decir, la racionalidad se vuelve arbitrariamente aplicable a un número creciente de operaciones, siempre bajo la discusión del ajuste de los "mejores" medios a fines predeterminados. Esto es lo que se conoce como razón instrumental, y en economía ha sido ampliamente difundida, al menos de dos maneras: a nivel teórico (el ajuste a la maximización de la utilidad) como a nivel político (el economista como un técnico que ajusta las medidas necesarias para un objetivo más allá de su voluntad).

En cuanto a la racionalidad del *homo economicus*, resulta una ficción que nunca deja de incorporar nuevos alcances. A la grandiosa alucinación de la absoluta mensurabilidad del cosmos por parte del agente económico –a través de una categoría *sui generis* llamada 'utilidad'–, suelen hacerse agregados del tipo: previsibilidad en la ocurrencia de eventos (incertidumbre y azar no son lo mismo), capacidad para determinar preferencias intertemporales a una escala temporal infinita y sustituir las entre sí, conocimiento de los modelos "correctos" de funcionamiento de la economía, habilidad de procesar inmensas cantidades de información y ajustar automáticamente su comportamiento a ellas, capacidad para determinar el impacto de su accionar sobre otros agentes, etc.

Es importante recalcar que estamos hablando del *Hombre* y no de un grupo particular. Su aplicación acotada al comportamiento de algunos actores de la economía puede dar una caracterización más o menos ajustada, pero hablar de "agente representativo" es una trasposición ideológica. Si se le presta atención a los desarrollos de equilibrio general, de los que dependen fuertemente la mayor parte de los análisis y recomendaciones que se hacen a diario, estos están anclados con rigidez en la generalidad de los supuestos de este "Hombre económico".

Algunos de ellos pueden ser relajados (racionalidad acotada, o expectativas adaptativas, por ejemplo), pero ya llevan a distintos resultados. Sin embargo, el equilibrio general no resiste la modificación conjunta de la mayor parte de aquellos<sup>12</sup>. ¿Cómo analizar entonces, desde esta confusión, excedentes de consumidor o rentas ordinarias? Estas nociones –centrales desde la óptica neoliberal para las discusiones respecto de redistribución o liberalización de la economía– se vuelven completamente inútiles como argumentos. Sin embargo, son lo que se usa como criterio valorativo –supuestamente neutral, "científico"– para dirimir la justicia de determinadas políticas. Esto roza lo descartado.

---

<sup>12</sup> Tampoco hay una necesidad clara por la cual el sistema debiera estar en equilibrio.

A pesar de que diversas variantes "neo" o "post" se plantean como alternativas a los dictados de la corriente neoliberal, suelen recurrir a abstracciones de este tipo para justificar sus análisis, bajo la pretensión de mayor robustez (el prurito de los 'microfundamentos' entre los macroeconomistas es ilustrativo). Más allá de la posibilidad de relajar alguno de aquellos supuestos, el eje central de estos marcos teóricos sigue siendo: el agente que maximiza su utilidad sujeto a restricciones. La posibilidad de incorporar otros tipos de comportamientos guiados por otras pautas aparece como una oportunidad secundaria en algunos casos, mientras la regla se sostiene.

Una cuestión no menor es que el uso de esta categoría 'utilidad', definida de un modo bastante vacío<sup>13</sup>, permite adaptar la explicación a cualquier fenómeno: toda acción es plausible de ser interpretada como generadora de utilidad (o desutilidad). De esa forma, se interpreta cualquier variación de la maximización de la utilidad como la maximización de una utilidad que incluye el argumento de la no maximización de la utilidad. Como se puede ver, más que una explicación científica, se trata de una tautología engañosa, que aparece recubierta de un halo ontológico: lo que es, es la utilidad.

El desarrollo formal de esta idea (y la modelización en particular) tiene la brillante característica de permitir la convivencia pacífica (esto es: no contradictoria) de infinidad de explicaciones a una realidad dada. Ya que cada explicación precisa de condiciones de posibilidad (supuestos del modelo, por caso) muy particulares, se vuelven incontrastables unas frente a otras. Por lo tanto, se dificulta enormemente la confrontación de las teorías.

Respecto de la cuestión de la racionalidad económica aplicada a la política como la adecuación a fines que no determina, lo que hace es esconder a qué grupos beneficia. La propuesta del economista como un técnico esconde la pretensión de neutralidad, tanto del individuo (como si no llegara al ejercicio de la política a través de algún grupo de interés) como de las herramientas aplicadas (como si congelar los salarios o las tarifas de los servicios públicos fueran sólo diferentes en cuanto a su efectividad para reducir la inflación, por ejemplo). Esto último es lo que aún se adoctrina en los cursos como economía positiva.

En rigor, gran parte de este despliegue exacerbado del proyecto moderno, tal como se lo simplificó, no es virtud de la corriente neoliberal en economía. No debe interpretarse, tal como se pretendió exponer, sea la única doctrina que reúne estas características: en gran medida, la profusión y confusión de "neos" y "posts" viene a dar cuenta de similitudes que guardan a nivel teórico, más allá de ciertas variaciones en su especificación. Lo que se intentó mostrar hasta aquí es lo arbitrario de ciertos supuestos, que, se comienza a entrever, son parte de un argumento ideológico. Tampoco debe entenderse que todas las características citadas son una mera explicitación de elementos "escondidos" en el proyecto de la modernidad. Ante todo, el proyecto como tal no existió (ni existe), sino que es una figura interpretativa posterior. Por otra parte, tal idea caería en el error que se trata más adelante respecto de la importancia de la historia.

## Todo lo sólido se desvanece en el aire

No obstante, debe aclararse lo siguiente: frente a la gran ofensiva teórica y política del neoliberalismo a partir de los años '70, la respuesta de otras corrientes teóricas (principalmente las keynesianas y las schumpeterianas; el estructuralismo hizo sus deberes también) fue la creciente adecuación a los preceptos de aquella doctrina. Así, como se mencionó, la creciente preocupación por los "microfundamentos", que son una expresión teórica completamente alienada de la existencia (poco han ayudado la antropología, la sociología o la psicología a apoyar el perfil del "agente representativo").

Desarrollaremos a continuación otros aspectos de esta creciente homogeneización entre corrientes. Pero debe resaltarse fundamentalmente la adopción del criterio burgués de separación de la esfera vital de la política, como un ámbito aislado de la actividad productiva, así como de la misma existencia personal. En esta línea, ha echado fuertes raíces en la disciplina económica la búsqueda (infructuosa, por cierto) de "apoliticidad", desde el punto de vista del intento por eliminar los rasgos que den cuenta de los vínculos sociales que se establecen en la producción<sup>14</sup>. Se pretende, de un modo algo obtuso, que "la política" es tan sólo la actividad partidaria, eventualmente la de los grupos de interés o de presión<sup>15</sup>. Incluso el estudio de la política económica aparece desprovisto de toda consideración de

---

<sup>13</sup> La mejor justificación que he hallado es que se trata de una transformación monotónica de un ordenamiento de preferencias determinado. Sin embargo, sigue sin quedar claro por qué no utilizar entonces la categoría 'preferencia', que es más evidente y simple. En rigor, la razón es porque la utilidad permite un tratamiento matemático más fluido. Esto es un claro ejemplo de un agregado *ad hoc*.

<sup>14</sup> Dejamos de lado aquí las cuestiones relativas a la experiencia subjetiva de la existencia y la conformación de la misma, a pesar de su relevancia teórica. Ver Virno, 2003.

<sup>15</sup> A cuyo análisis se suelen aplicar las mismas pretensiones que arriba se comentan. La visión de Olson de la acción colectiva es fundante aquí (a pesar de las fuertes críticas que ha recibido desde algunas escuelas de la sociología), y se desarrolla hasta el absurdo en la literatura del Public Choice.

interacción social compleja, reduciendo el término al instrumental disponible del Estado para su acción sobre la actividad productiva.

He aquí un nuevo punto de coincidencia entre las distintas corrientes hegemónicas: la concepción de Estado. A pesar de que la totalidad de estas visiones tienen detrás una teoría de Estado determinada, se esfuerzan por presentarse como una visión inocua.

La presentación neoclásica es la más evidente: el Estado debería ser Estado de derecho, es decir, el ente protector del derecho de propiedad privada, con monopolio del ejercicio legítimo de la violencia. Cualquier función que exceda lo mínimo necesario para esta tarea es exhibido como una exacción al bienestar colectivo. Así, es común el análisis de los modelos de equilibrio general y/o parcial con prescindencia del Estado, a los que luego se agrega la presencia de éste a través de impuestos y gastos, los que –indefectiblemente– resultan en un subóptimo. Sus recomendaciones suelen girar en torno al retraimiento del Estado de la economía, que “dejada al libre arbitrio de los agentes, resultará en el mejor de los equilibrios posibles”.

Entre otras críticas que pueden hacerse a esta concepción, es necesario mencionar la ficción del Estado como un tercero imparcial que surge de alguna esfera suprahumana no definida con claridad (nuevamente una ontología *sui generis*)<sup>16</sup>. Este ejercicio suele ser utilizado por filósofos liberales para justificar los límites a las posibilidades de redistribuir entre los miembros de la sociedad (Rawls, Nozick). También es necesario recalcar que la función de garantizar el Estado de derecho (de la propiedad privada) a través del ejercicio de la violencia, debe incluir no sólo las formas de violencia explícitas (aparatos represivos: policía, fuerzas armadas), sino también las menos notables, como el adoctrinamiento impartido a través del sistema educativo, o el control sobre ciertos medios de comunicación, etc. Con lo cual, el análisis de las “áreas” de intervención legítima del Estado se vuelven cada vez menos claras.

Sin embargo, no puede escaparse que –con todas las contradicciones que implica concebirlo de un modo no monolítico– “el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa” (Marx y Engels, 1973, pg. 35). Esta aseveración es lo que se esconde tras el reclamo continuo por la vigilancia del “clima de negocios” o “comunidad de negocios”. El Estado tiene por principal y compleja –aunque no única– función de garantizar la acumulación a la clase burguesa que representa. Las consideraciones de ciertas corrientes respecto de otras “intrusiones” del Estado en la economía tienen por fin último garantizar el orden institucional que permite el normal desarrollo de los negocios rentables<sup>17</sup>.

El derecho de propiedad (privada) como entidad primera e inobjetable de la economía no es discutido por ninguna de las corrientes hegemónicas. Esto esconde o disimula la creciente desigualdad que estas bases generan en materia de distribución del producto agregado. A nivel teórico, la insistencia sobre la remuneración de los factores productivos de acuerdo con su productividad marginal esconde la pretensión de mantener y exacerbar la distribución inicial: la teoría de la retribución a los factores por su productividad marginal (distribución funcional) deja de lado la cuestión del deterioro de la distribución personal del ingreso (a mayor capital, mayores ingresos, aunque se distribuyan según la productividad marginal). Las actuales peripecias teóricas en torno al capital humano, capital social, etc. pretenden –intencionalmente o no– postular a toda la población como propietaria de alguna forma de capital, evitando la caracterización en base a la posesión de medios productivos.

El análisis de los cambios a través de la optimalidad de Pareto esconde exactamente el mismo efecto: se trata de evitar cualquier cambio que suponga una modificación que no sea una extensión a la actual distribución de la riqueza (es decir, evitar la expropiación). Por otra parte, funcionaría así como justificativo de la necesidad de crecimiento: no existiría otra forma de que los menos favorecidos en el reparto de la riqueza mejoren su situación absoluta (sin necesidad de que esto repercuta a nivel relativo). Nótese que el argumento funciona sólo dentro de un marco valorativo puntual: no es metafísico...

Otra formulación claramente axiológica imbuida de aires sofisticados de naturalidad, es la de la eficiencia asignativa como criterio de organización de la producción. Un supuesto central de estos enfoques, es la necesidad social de garantizar la eficiencia en la asignación de recursos. Esto significa que toda capacidad productiva desaprovechada tiene un costo de oportunidad elevado, que necesariamente sería reducido mediante su valorización efectiva en un mercado (lo que no necesariamente implica que toda capacidad productiva deba aprovecharse en todo momento). En términos de equivalencias formales, este supuesto necesita que se cumpla la relación ahorro= inversión, por un lado, y la remuneración igual a la productividad marginal del factor, por otro.

Lo primero es una condición *ex post* de eficiencia, artilugios de la contabilidad nacional mediante: todo es asimilable a alguna forma de ahorro y/o a alguna de inversión (en una tautología similar a la de la utilidad). Así, hasta el consumo dispendioso puede ser considerado una forma de inversión de baja eficiencia. Sin embargo, no queda claro

<sup>16</sup> El análisis de “primero mejor” y “segundo mejor” están atiborrados de esta paranoia alucinatoria.

<sup>17</sup> Así se pueden interpretar las preocupaciones keynesianas por la estabilización del ciclo económico, o las estructuralistas por el desarrollo de la infraestructura productiva. Que la economía del bienestar añada al Estado la función de buscar ‘equidad’, no lo salva al asimilarla a su aparato formal como otro argumento de la “función de bienestar social”. Por otro lado, sigue siendo un agregado, y no individualiza a los sectores cuyos intereses entran en tensión en esta “búsqueda”.

por qué razón debiera ser mejor dedicarlo a otra más productiva. La segunda relación explica esta cuestión: siempre se debe buscar lo que genera más (nótese la fórmula moral de la sentencia). Esto tiene más objeciones aún, mencionamos: considerar factores de producción que agregan valor y no son el trabajo (el capital solo transfiere su valor, no agrega, diríamos nosotros), suponer que es identificable una "productividad marginal" separada a esos factores, suponer que tal relación se puede cumplir en la mayor parte de los mercados a la vez (sin lo cual, ni el "segundo mejor" puede defender que se busque este criterio asignativo). Por otra parte, insisto sobre las consecuencias sobre la distribución del ingreso. Y más aún, esta cuestión moral que indico –"se debe buscar más"– que es una variante para de la condición necesaria de crecer: "debe haber crecimiento" (luego, vemos). ¿Por qué es siempre preferible más a menos? ¿O a costa de qué?

Esto tiene relación con la condición de competencia perfecta generalizada. Una noción vetusta, que mal explicaba las relaciones del siglo XIX (capitalismo competitivo), menos explica la actualidad, donde todos reconocen una versión de producción concentrada del capitalismo. La formulación teórica clásica (de manual) no puede evitar la mención a rentas ocasionadas por alguna ventaja de eficiencia respecto de competidores: ¿cómo se garantiza que las rentas derivadas del aumento de la productividad no se vuelvan permanentes? Es decir, ¿por qué los agentes no dedicarían recursos a lograr mecanismos institucionales para conservarlas? Esto lo acepta sin tantos problemas Schumpeter, y se dedica a ver cómo justificarlo<sup>18</sup>. Sin competencia perfecta generalizada, la condición de producto marginal = remuneración del factor no se cumple, hay apropiación de rentas extraordinarias, que devienen en poder (económico y político), "barreras de entrada".

El principal rasgo del cual se pueden derivar estas cuestiones probablemente sea la anulación completa de la historia para el análisis económico. Considerar cómo el Estado o el derecho de propiedad (o las características del *homo economicus* y un largo etcétera) aparecen como entidades surgidas *ad hoc*, permiten entender que las condiciones concretas y materiales de existencia –es decir, históricas– de los fenómenos bajo análisis escapan al estudio desde la óptica neoliberal. Esta ausencia se ve en la completa abstracción de las particularidades del objeto de estudio, que permiten homologarlo a las pretensiones del economista de turno, y es justificada de los modos más hilarantes. Nos dice Solow (2000, pgs. 1-2) que estamos lidiando con una "parábola", "una narración ficticia o una alegoría" a la cual no se le pregunta si es verdadera, sino "si está bien contada"<sup>19</sup>.

A la despreocupación por la historia, se le superpone como justificación el uso de regresiones empíricas. Aunque retomo esto luego, es importante remarcar que esta operatoria no recupera las condiciones particulares de los fenómenos estudiados, sino que pretende explicarlos con una o dos mediciones descontextualizadas. La medición de algunos datos no da cuenta de la complejidad de la realidad histórica, no sólo por su multiplicidad, sino también por su inmensurabilidad. El absurdo de estos análisis llega cuando se encuentran trabajos que se arrojan la interpretación de la historia de la humanidad con 3 ó 4 ecuaciones (no es una manera de decir: ver Kremer, 1993; o Galor, 2005).

## Código de honor

Otro aspecto nada menor pasa por las cuestiones metodológicas. Dado que el prurito de la cientificidad de la disciplina ocupa un lugar no menor, debe al menos prestarse atención al modo en que aquellas favorecen la reproducción de ciertos esquemas, y dificultan otros.

Está, por un lado, el problema de la organización del sistema académico en base a diferentes esquemas de incentivos, que procuran garantizar la excelencia a partir de criterios de aceptación de la "comunidad científica" (publicaciones, citas, etc.). Existe detrás un planteo que reúne aspectos cercanos a los postulados popperianos y los de Khun, que conforman una especie de código ético por el cual debe guiarse la producción científica<sup>20</sup>.

Si bien esto supondría la posibilidad de superación crítica de las teorías, lo cierto es que el esquema de incentivos es plausible de algunas objeciones nada menores. En primer lugar, se pierden de vista las conexiones personales que fecundamente proliferan entre investigadores, que sirven de base para la selección de trabajos escritos y la participación en encuentros científicos de diversa índole. Debe agregarse además el provecho que se saca de

---

<sup>18</sup> Es un error argumental otorgar rentas por una innovación (patentes): para financiar la innovación, ya debían existir los recursos (sean propios o no). En cualquier caso, no es claramente identificable hasta qué punto la innovación es producto del agente que aprovecha su surgimiento, y menos aún que se trate de un desarrollo exclusivo (las influencias cruzadas son difíciles de captar).

<sup>19</sup> Romer (2002, pg. 9) va más lejos: "el modelo no pretende ser realista. Al fin y al cabo, ya poseemos un modelo que es absolutamente realista: la realidad misma; el problema que éste es un modelo muy difícil de interpretar." Esta versión de filosofía nominalista, por la cual las palabras y las cosas no tienen ninguna relación (no una unívoca, sino ninguna), lleva la discusión a definir qué ficción es más interesante, no cuál explica mejor o cuál permite una actividad más liberadora.

<sup>20</sup> Ver al respecto la compilación de Schuster (2004), que establece la afinidad entre estos postulados y la teoría neoliberal. En particular, ver el artículo de Ortiz.

producciones de becarios, estudiantes y tesistas, así como las citas cruzadas entre conocidos. No debe subestimarse tampoco el origen de la financiación de las publicaciones, que suele condicionar el material editado<sup>21</sup>. La ficción de control de la productividad está sostenida en la ilusión de mensurabilidad del esfuerzo, y generada por el problema de la eficiencia, tan caro a la disciplina económica. Absolutamente nada garantiza que mayor producción signifique mayor conocimiento, o "mejor".

El problema está anclado en la necesidad de elevar la productividad del sector de alguna forma, para cubrir la brecha con el salario pagado (no es menor que sea el Estado el principal empleador en esta área). Esto es, elevar la tasa de explotación. Llamativamente, no resulta primordial o significativo en el esquema de incentivos un espacio que debería ser central, probablemente el más productivo: el de la docencia. ¿Cómo "medir" lo que allí ocurre? En todo caso, se mide la cantidad de cursos brindados o asistidos, pero es imposible determinar su calidad (si se recurre a las instituciones que los respaldan, deberían considerarse nuevamente las relaciones personales que existen entre las autoridades de las instituciones y los docentes del caso). La docencia pasa lentamente a ser un trámite o un castigo al cual están confinados los investigadores.

Esto se vuelve evidente cuando se pretende hacer alguna consideración acerca de la pedagogía inmersa en el común de los/as "académicos/as de la economía". Es común encontrar una nula formación docente, que favorece la falta de reflexión en relación a las prácticas específicas. Ante este vacío teórico, se suele recurrir a la repetición automática de las conductas observadas y el material utilizado en la propia formación profesional. Así, se puede entender la profusión en el uso de manuales, por ejemplo, que, entre otras características interesantes, suelen: mostrar distintas corrientes o modelos en un mismo relato anulando toda conflictividad entre ellas, tipifican conceptos relevantes y secundarios (que reduce enormemente al lector el esfuerzo cognitivo de la detección), o la pretensión de mostrar el "panorama de lo que hay" cuando se hace un recorte bien específico de la disciplina. Esto sin mencionar que suelen ser traducciones más o menos literales de las doctrinas de los centros de poder<sup>22</sup>. La solución suele plantearse a través de la incorporación de alguna anécdota ilustrativa para desentrañar a la luz del instrumento central, eventualmente combinada con dosis de eclecticismo provenientes de otro material<sup>23</sup>.

Respecto de otras cuestiones de método, más específicas de la elaboración del criterio de demarcación de la cientificidad –según las corrientes hegemónicas en economía–, se pueden mencionar brevemente los aspectos centrales.

Principalmente, el siempre criticado individualismo metodológico: la pretensión del individuo como garantía de sentido del análisis, y la posibilidad de comprender el conjunto a través del agregado acumulativo. Si el uso de esta caracterización es poco grata en microeconomía, la sensación que deja su aplicación generalizada es de total ineficacia. He escuchado que siempre se debe elegir alguna unidad mínima de agregación, una parte, que sea eficaz en términos explicativos. Pues, la caricatura del "agente representativo" como ser autónomo, plenamente racional y hedonista, es –al menos– irrisoria en su capacidad explicativa.

"Las secuencias históricas, síntesis de las acciones y acontecimientos, de las relaciones de los individuos con los hechos económicos, políticos y sociales, van más allá de los individuos mismos. Conocer las intenciones de los individuos es por supuesto importante para valorar o considerar sus acciones pero, a lo largo de una secuencia histórica, puede verse cómo esas intenciones se expresan a través de las acciones y éstas generan acontecimientos que adquieren independencia con respecto a los sujetos individuales y que éstos difícilmente pueden modificar aisladamente" (Schuster, op cit, pg. 152).

Este problema de buscar en la racionalidad de la acción de los miembros de la sociedad la garantía del efecto, es también fruto de la voluntad liberal de suponer la libertad individual como al margen de su vida colectiva. Procurar definir a cada individuo (in-divisible) como una completitud exigiría suponer un momento en el cual el agente concluye su forma y no la modifica de allí en más (¿sería el nacimiento mismo? ¿los 18 años, los 21?). Suponer que a partir de cierta instancia se puede garantizar la racionalidad y el hedonismo del agente decisor. Y su libertad autónoma de toda determinación: de allí la ficción absurda de la "soberanía del consumidor" (menos creíble todavía hoy bajo el imperio del marketing). Esta clase de postulados resolvería en una sola frase todos los problemas de las búsquedas libertarias o autonomizantes... ¿para qué pelear por la autodeterminación, si somos los reyes del mercado?

---

<sup>21</sup> Organizaciones filantrópicas, al estilo Fundación Rockefeller o Ford, han demostrado largamente sus conexiones con órganos de inteligencia de países centrales. Su rol en la mal llamada Guerra Fría fue muy relevante, y determinó en gran medida tendencias en lo académico como en lo artístico.

<sup>22</sup> Lipsey, Mochón y Becker, Samuelson, Dornbusch y Fisher, Sala-i-Martin, Romer, Mankiew, Varian, suelen proliferar en las aulas. La mayor parte de los manuales editados en Argentina tiende a reproducir más o menos linealmente los contenidos de estos, matizados con ejemplos locales, pero sin discutir sus interpretaciones.

<sup>23</sup> Guerrero (2001) denomina esto como crítica "negativa", pero enfatiza la existencia de otra "positiva".



Un poco más allá, sería interesante incorporar la idea de las personas como entidades nunca completas, nunca terminadas. Sujetos que interpretan búsquedas a partir de sus horizontes de sentido, y se conjugan con las búsquedas de otros/as, en una indeterminación significativa. Entender la subjetividad "como un proceso directamente político, de generación de una inteligencia y una afectividad colectiva, y no como una dimensión pre o extra socio-histórica. Tendemos a pensar la subjetividad como aquello que se produce materialmente en todo acto productivo, cualquiera sea". "Con el término *producción* aludimos a considerar lo subjetivo básicamente como proceso, como devenir en permanente transformación y no como algo ya dado" (Fernández et al, 2006, pg. 8-9). Claro, ofrecer así una visión de la realidad creíble y potente sería mucho más complejo<sup>24</sup>. Pues bien.

Dos difundidas divisiones más son importantes de resaltar: teoría y práctica, y economía positiva y normativa. La primera tiende a exagerar la capacidad de la disciplina de lograr avances a través del método abstracto-deductivo: se nombra de esta manera la separación que se formula entre el modelo y la realidad sobre la que se pretende aplicar. Esto es un derivado directo de la anulación de los procesos históricos concretos de la teoría neoliberal, puesto que supone la posibilidad de formular teoría al margen de las condiciones particulares de existencia material. Luego, es comprensible que la comparación con "la realidad" suela resultar -para algunos- una instancia excesiva.

La segunda dicotomía no es menos paradigmática de esta corriente. Da cuenta de la suposición de neutralidad del sujeto respecto de los contenidos estudiados, así como sus condiciones de observabilidad, el contexto de enunciación, y las derivaciones "prácticas" que de ellos pueda hacerse. La voluntad de presentar una ideología determinada como ciencia neutral, a-valorativa, sirve de base para el adoctrinamiento sigiloso. Esto, más que una paranoia del autor, aparece en prácticamente todos los textos de iniciación en la disciplina, y se observa con claridad en la mayor parte de las producciones escritas que, luego de un análisis abstracto (una "parábola") y pretendidamente "positivo" (lo que es), se suelen formular recomendaciones de política económica (para abreviar a "lo que debería ser", por más que nunca se diga cómo sería ese estado ideal).

El último elemento que mencionaré es el abuso del instrumental matemático. No debe interpretarse que la aplicación de la matemática a la economía es *en sí* un problema. La principal virtud que la matemática ofrece a estas corrientes, es hacer a un lado los argumentos centrales en discusión. Se desplaza el núcleo de confrontación a un instrumento, en lugar de preservarlo para el objeto de estudio y su explicación. Por una parte, los modelos abstractos tienden a precisar de condiciones de posibilidad (sus supuestos, por caso) muy particulares, por lo que se vuelven incontrastables unos frente a otros. Por otra parte, se suele pretender contar con una demostración al ofrecer regresiones -como si éstas no fueran susceptibles de manipulaciones varias (sobre todo en la elección de las bases de datos y su tratamiento)- evitando el alegato nominal: "en oración completa". El gran fetiche de la actualidad es la teoría de los juegos, que básicamente sirve para derivar conclusiones que están previstas en los supuestos de los que se parte y en la especificación del modelo que se realiza, pero nada aporta como argumento (menos aún de claridad expositiva, como suele justificarse el formalismo).

## La producción de factores

La creciente especialización de la disciplina parece haberla contaminado de prejuicios más que purificarla. Específicamente, creo necesario llamar la atención sobre dos virtuales baches de la memoria económica.

En primer lugar, la fetichización que se encuentra asumida con total deferencia en considerar al capital como factor productivo. *El capital es una relación social*. Es un modo particular de organizar la producción, de vincular (coercitivamente) hombres y mujeres en un objetivo de reproducción ampliada de la sociedad. Considerarlo como una entidad generadora de producto social, es darle una categoría y un status por fuera de la existencia humana. Fetichizarlo.

Pero esto nos lleva a la segunda observación, que es la pregunta por el valor. Si esto fue una discusión central para la ciencia económica en el siglo XIX, en la centuria siguiente fue prácticamente desaparecido de la literatura. ¿Por qué valen las cosas? ¿Por qué las intercambiamos del modo en que lo hacemos? son preguntas que simplemente dejaron de ser plausibles de enunciación en el período contemporáneo. En gran medida, ello se debe a que el debate se zanjó después de Marx: la respuesta marginalista (tomada por el neoliberalismo y sus parientes cercanos) fue sencillamente ignorarlo<sup>25</sup>. A partir de esta situación, se ha tratado más bien de una toma de posición implícita, que significa también asumir otros supuestos de interpretación -política.

<sup>24</sup> No significa echar por tierra toda interpretación plausible previa, sino de ofrecer otra más poderosa, más vital. No desaparecen, en este sentido, las clases o los estratos sociales, sino que se vuelve relevante su contingencia y fuerte contenido de proceso: no se trata de categorías esenciales, sino más bien pragmáticas.

<sup>25</sup> Marx discutió economistas de menor talla con tesis similares a las marginalistas, críticas que fueron completa y misteriosamente olvidadas por estos últimos y sus seguidores. Sin embargo, debe resaltarse que no es Marx quien formula por primera vez la teoría del valor trabajo: su mérito al

La insistencia dogmática en la escasez como fuente única de valor no sólo adquiere ribetes obsesivos, sino que se encuentra atrapada en un hiato formal rara vez explicitado: su importancia depende del contexto teórico en que se enuncie.

La discusión, por supuesto, no está cerrada: se trata de dar cuenta de una complejidad. La teoría subjetiva del valor, tal como se la formula hoy en día, no puede explicar por qué vale un bien en función de su escasez; no porque resulte poco convincente a primera vista, sino porque tiene hiatos formales en su explicación. Insisto en el punto, no aparece un argumento formal que permita pasar de las preferencias a la utilidad, y menos de allí a la expresión monetaria del valor. Es decir, ¿cómo se salta de la valoración subjetiva a la expresión monetaria? Y además, ¿cómo se explican, por ejemplo, las amplias variaciones en el corto plazo (una crisis general) en el valor de un bien, o de varios bienes? ¿Cómo se sostiene el andamiaje matemático de la función de utilidad, si acordamos en que no todos los agentes actúan mensurando, racionalizando, previendo, consumiendo? Estas preguntas (no son las únicas) no están respondidas en el marco de la teoría del valor subjetivo, sólo guardan coherencia en el andamiaje formal (matemático). Pero no hay argumento justificativo.

Estos debates (por qué valen las cosas y qué es el capital) suelen ser eludidos, particularmente en los períodos formativos en la disciplina. Su aparición en los planes de estudio de las carreras de grado suele estar refugiada a alguna bolilla de la historia del pensamiento, diciendo algo así como que pertenece al pasado, y la ciencia del presente es otra cosa.

## Las fábulas morales y la historia concreta

He tratado de ofrecer algunos argumentos que considero centrales para la crítica de la corriente neoliberal en economía. Como más arriba comenté, la mayor parte de estas consideraciones son plausibles de ser aplicadas a otras corrientes de pensamiento, que –aunque no hegemónicas– han sido incorporadas al canon de lo científicamente (¿moralmente?) correcto. La confusión que pueda generarse da cuenta de la pérdida de ciertas especificidades en estas otras vertientes. Por otra parte, el presente trabajo no busca discutir los elementos particulares de cada corriente, sino sus elementos en común.

La crítica formulada se ha realizado, además, desde un paradigma determinado, que podríamos a grandes rasgos asociar a lo que se conoce como socialismo científico. Que no desarrolle en este trabajo los aspectos criticados, es porque existe una amplia literatura que los trata en mayor profundidad y extensión. No obstante, es plausible detectar a partir de lo aquí escrito un importante número de elucubraciones. Es importante resaltar que no se trata de un corpus cerrado y completo, sino de un cúmulo de búsquedas que puede resultar significativo marcar.

Un interrogante que motiva esta invectiva es: el marco teórico comúnmente utilizado en el ambiente académico, ¿es capaz de dar cuenta de la realidad argentina actual? ¿permite pensar caminos a seguir? Personalmente, mi respuesta es negativa. Creo dificultoso entender los sucesos de la historia económica argentina reciente sin tomar en consideración miradas políticas o sociológicas, por ejemplo. La economía tal como se la suele entender en los claustros universitarios no puede dar cuenta en absoluto del fenómeno de las empresas recuperadas (no alcanza con decir que es una empresa o que está descapitalizada), o por qué fallan las rondas de negociación de la OMC, por ilustrar. Sin embargo, estos son aspectos que perfectamente encajan en el estudio de la economía.

Empezar por tener en claro por qué razones una teoría determinada no resulta satisfactoria, es el primer paso para superar la crítica ingenua. De esta manera, es posible lograr una superación en la explicación de los fenómenos concretos. Es más: no buscar explicarlos, sino elaborarlos: ofrecer un ángulo de interpretación que abra a nuevas formas de actividad creativa<sup>26</sup>.

Evitar desarrollar de modo consecuente este malestar, permite que los debates continúen por arenas infructuosas. Pero –fundamentalmente– sirve a la defensa de intereses determinados, de grupos concretos que se benefician con las recomendaciones y justificaciones que gran parte de los economistas alegremente hacen. Al menos, si nuestros corolarios han de beneficiar a alguien, seamos lo suficientemente lúcidos como para estar incluidos en el grupo. De lo contrario, es tomar posición por omisión.

---

respecto consiste en haber conjugado una teoría del valor objetivo con una del valor relacional. Ver "Hacia una nueva lectura de Kant", en Zizek, 2004.

<sup>26</sup> En este sentido se puede entender la famosa onceava de las "Tesis sobre Feuerbach" de Marx. Mucho más digno de ese autor que la repetición dogmática de fórmulas consagradas.

## Bibliografía consultada:

Aghion P. y Howitt, P. (1998); **Endogenous growth theory**, The MIT Press, Londres.

Campione, D. (2002); "Concentración capitalista y vida política". Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires. Disponible en: <http://fisyp.rcc.com.ar/Otras%20publicaciones.htm#campione>

Clague, C. (1997); **Institutions and economic development. Growth and governance in less-developed and post-socialist countries**, The Johns Hopkins University Press, USA.

Fernández, A. y colaboradores (2006), **Política y Subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas**. Tinta Limón, Buenos Aires.

Foucault, M. (2005); **La arqueología del saber**, Siglo XXI, Buenos Aires. Traducción de A. Garzón del Camino.

Freire, P. (2002); **Pedagogía del oprimido**, Siglo XXI, Buenos Aires.

Galor, O. (2005); **From stagnation to growth: unified growth theory**.

Guerrero, D (2001); "La economía radical y los debates entre economistas ortodoxos y heterodoxos", Ágora, Valencia.

Horkheimer, M., **Crítica de la razón instrumental**, Sur, Buenos Aires, 1973.

Kremer, Michel, 1993. "Population growth and technological change: one million BC to 1990". Quarterly Journal of Economics 108 (agosto): 681-716.

Marx, K. y Engels, F. (1973); **Manifiesto del partido comunista**, Anteo, Buenos Aires, 10º edición.

Ray, D. (1998); **Economía del desarrollo**, Antoni Bosch, España. Traducción de María Esther Rabasco.

Romer, David (2002). **Macroeconomía avanzada**, Mc Graw-Hill/Interamericana de España SAU, Madrid, 2º edición. Traducción de Gloria Trinidad y Esteban Flamini.

Schuster, F. G. (comp.), **Popper y las ciencias sociales**. Editores de América Latina, Buenos Aires, 2004.

Solow, R. (2000); **Growth Theory. An exposition**, Oxford University Press, New York. 2º edición.

Virno, P (2003); Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas, Colihue, Buenos Aires. Traducción de A. Gómez.

Zizek, S. (2004); **Violencia en acto: conferencias en Buenos Aires**, Paidós, Buenos Aires. Traducción de P. Willson.

[www.paeon.net](http://www.paeon.net)